

Filosofando

**Los caminos de la indignación política.
Por el laberinto de la injusticia y la violencia
Luis Armando Aguilar Sahagún**

Es probable que la barbarie haya desolado la vida en sociedad desde que existe el menor vestigio de civilización. La agresividad humana, como ha demostrado la moderna etología, es un dato constitutivo del ser humano en su “animalidad”. Las formas que ha tomado a través de la historia son muy variadas en intensidad y grado de sofisticación (K. Lorenz).

El hombre coexiste con sus semejantes desde su aparición. Este dato primario que llamamos sociabilidad tiene una de sus formas inherentes en el conflicto. La hondura que puede adquirir el conflicto –guerras, luchas familiares, desavenencias en la pareja, distanciamientos generacionales, lucha de clases...- hacen ver que el hombre tiene que ser llamado una y otra vez a superar un extrañamiento al que está expuesto para poder responder a la pregunta que él mismo se hace: “¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?”. Caín tiene una personalidad o, mejor dicho, un modo de ser al que todos estamos expuestos. Ser “lobo para el hombre” es una observación de ese extravío atávico. “El hombre no es malo por naturaleza, pero sí es peligroso” (Carl Schmidt).

La sociabilidad, por su componente débil, llevó a Kant a adjetivarla de modo paradójico como: “insociable sociabilidad”. Es conocido que se trata, con esta expresión, de una traducción en lenguaje secular de lo que en la tradición judeo-cristiana se conoce como “pecado original”. El extrañamiento frente al otro, que es un semejante, un prójimo, un hermano, hunde sus raíces en la estructura del ser humano –“el corazón del hombre” (E. Fromm)- a tal grado, que resulta razonable contar con ella en el diseño de las reglas del orden público.

Por fortuna el hombre cuenta, en el elenco de sus reacciones afectivas frente a la realidad, del sentimiento de indignación. Una resonancia profunda conmueve el ser de la persona, toca sus afectos y su conciencia. La indignación es expresión de que algo ha violentado a la persona en su sensibilidad y en su conciencia al punto de reaccionar de forma contundente: ¡Esto no! Se trata de un tipo de experiencia acompañada de dolor. También puede ser el indicio de un sentimiento más profundo, que capta el valor de la persona –su dignidad- que sufre un agravio, un acto de violencia, una acción que, justamente, “no está a la altura” de lo que atisbamos o sentimos que en el otro exige que algo no deba sucederle.

Los itinerarios de la indignación son inciertos y equívocos. Pueden conducir al hombre a la liberación de un pueblo, hasta el odio y la destrucción que acompañan al terrorismo.

Caminos o rutas de la indignación política

1. El compromiso frente a lo intolerable.

Por compromiso se entiende la reacción que “pacta” internamente con el desorden establecido para poder vivir en medio de él sin arriesgar los propios proyectos. Lo intolerable aparece, se hace sentir, “punza”, pero se busca darle un lugar en la comprensión de la realidad para no entorpecer los planes que permiten vivir como si lo que molesta no estuviera ahí. El compromiso es un modo de neutralizar un sentimiento y un llamado de conciencia por medio de justificaciones. Es, en el fondo, un modo de autoengaño o de evasión. Es un modo de capitular frente al propio llamado de conciencia. Los modos de lo

intolerable acaban por convertirse en tolerables. El tipo de lenitivo puede ser ideológico, mediático, consumista, lúdico... de vez en cuando aparece el dolor punzante, y encuentra una salida en la ironía o la queja. Nada más.

2. El esteticismo romántico de la reacción.

La fuerza de la indignación no es quizá lo suficientemente grande frente al mal objetivo que la despierta. Siempre hay algo en el agravio, en el daño que genera la violencia, que no puede ser restituido del todo. La injusticia pide justicia. Las formas de la compensación pueden ser adecuadas, pero hay actos de violencia y de maldad que no tienen compensación. La reacción frente al mal puede, por eso, parecer desmesurada. El hombre es afectado de tal manera, que puede verse movido a la compasión y perder de vista el justo equilibrio que sólo la razón puede establecer. El esteticismo renuncia a la racionalidad y, al perder de vista las dimensiones de una situación, reaccionar con un *pathos* que no guarda proporción alguna con lo posible aquí y ahora, buscando “cambiar el mundo” sin que esto suponga cambios previos más factibles y a la mano, ni siquiera en la propia persona.

3. La salida llevada al paroxismo, al extremo de la indignación, del terror.

Se trata de la forma anterior, llevada a sus últimas consecuencias. El terrorismo es un término que pasó a formar parte del vocabulario político y también de la ética social a partir de actos de violencia sin un claro “para qué”. Los fines declarados, imputados a los actos terroristas no corresponden, en realidad, a una intención precisa. Quien hace del terrorismo un modo de actuar, quien procede bajo esa “lógica” ha hecho una clara opción por el sinsentido. Ha decidido que su acción –y quizá, en el fondo, su vida- no busca nada o, más exactamente, “busca la nada”. En “Los demonios” Dostoievski describe este tipo humano con gran penetración psicológica. Se trata del nihilismo que se define por toda forma de transgresión. Normalmente la transgresión de toda norma social, de toda moral de la convivencia, comienza o va acompañada por otras formas transgresiones en el ámbito de la vida personal. La patología social es ante todo patología moral de sujetos concretos, quienes en su vida pierden, insensiblemente, el sentido de la realidad y su fuerza vinculante, es decir, de la ley moral.

4. El cinismo desencantado.

La acción pública en que se pone de manifiesto la negación de la esperanza en un mundo que puede ser mejorado por la vía de las transformaciones institucionales graduales, progresivas, los actos que buscan la “revolución” de las estructuras sin tomar en cuenta el factor tiempo, sin contar con la realidad concreta de las personas, de los procesos de maduración, humana y moral; en una palabra, la opción de dinamitar el mundo procede de una actitud moral que ya ha desesperado de sí misma. El hombre no espera nada del hombre a no ser nuevos modos y estrategias de engaño y explotación.

El cínico ha perdido la esperanza y el respeto en sí mismo y, por ende, a sus semejantes. Quizá haya personas, acciones, instituciones, que muestren algo de lo que aún se puede esperar, lo más puro y noble que habita en el más depravado terrorista o criminal, y que lo llevan a sentir respeto frente a la verdad cuando la ven encarnada, pero que, al verla tan lejana de la realidad y de sus vidas, prefieren negarla en la desesperación, en el fanatismo de la duda, y en el desprecio generalizado. En los actos más violentos, en el mayor de los

explotadores y tiranos, hay siempre un idealista fracasado. Una capitulación frente a sí mismo y sus propios sueños frustrados. Para quien ha caído en el cinismo la vida política es un juego de máscaras en donde lo que importa es cómo engañar de la manera más sutil, o bien, cómo ocultarse frente a los demás, incluso frente a sí mismo, haciendo uso, todavía, de la posibilidad de utilizarlos.

5. Movilización y compromiso militante

Es la lucha que lleva a la estrategia, la acción común, sin horizonte preciso, ni ruta marcada. Esta es la vía por la que han optado los iniciadores de movimientos sociales que han abierto horizontes de acción. Esta ruta de la indignación suele, a la larga, llevar al desgaste, al punto de desertar de sus objetivos, o bien, a insertarse en los cauces de instituciones que se atienen a las reglas del juego que intentaron cambiar. Es una lucha que supone prudencia, cálculo, paciencia. En ella, el sentido de lo posible lo marca la mezcla entre las propias fuerzas y la captación de lo que la sociedad está dispuesta a incorporar de su reivindicación.

6. Creación de sentido por la acción y la palabra.

Crear sentido. Este camino es en cierto modo una variante del anterior. Lo distingue el tener por motor una esperanza trascendente. Lo que logra crear sentido en el mundo del horror del despotismo y la violencia, es acercarse a quienes se han convertido en víctimas de políticas desacertadas y usos del poder donde lo que cuenta es la legitimación de su ejercicio y no la justicia real en el orden público. El acercamiento se hace en una mística de comunión y fraternidad. Se abren caminos de creatividad para una vida política que reivindica su sentido y su nobleza al ser vida de todos desde un *êthos* cívico que no es necesario inventar ni fundamentar teóricamente, sino movilizar y hacer eficaz, superando la parálisis en que queda confinada la mejor buena voluntad frente al miedo que genera la violencia, la ineptitud para ponerle freno, y la dosis de paciencia que pide la perspectiva de poder frenarla sin tener que pagar costos sociales y humanos demasiado altos. La nueva política será en el espíritu de fraternidad o no lo será. Allí, como hermanos, ser, estar unos con otros, y ser para los demás, simples y sencillamente, actuando según lo que más sirva a la causa de la fraternidad. Quien haga suya esta manera de querer ver la política buscará las migas de verdad, bondad y de justicia en medio de los mayores fraudes y desastres. Quien opte por ser un animal político en una sociedad de prójimos tiene la dura responsabilidad de hacer creíble que siempre será posible seguir creyendo en el hombre, aun cuando deba advertir su insuficiencia radical para ser, por sí mismo, plenamente humano.